

EL GETSEMANICENSE

MEMORIA DE BARRIO IMPRESA

LAS MORÁN

UNA FAMILIA
A PUNTA DE CEPILLOS

SOY GETSEMANÍ - PÁG. 2-4

LA SALSA
SE QUEDA

EN MI BARRIO - PÁG. 11



LAS MORÁN: una familia a punta de cepillos



Tres generaciones en una misma casa de la calle del Pozo: tres mujeres getsemanicenses que representan a quienes se han quedado en el barrio y lo han vivido con sus altibajos por más de medio siglo. Una familia detrás de las escobas y cepillos con los que se limpiaron las calles de la ciudad por muchísimos años, cuando Getsemaní aún era un barrio de pequeñas empresas y artesanos especializados.

GLADYS CORTINA TAPIA (LA ABUELA)

La abuela de la familia es sanjacintera de nacimiento, pero getsemanicense de corazón. ¿Cómo no iba a serlo si vive acá hace más de sesenta años y ha pasado las duras y las maduras en el barrio? A Cartagena llegó de nueve años; a Getsemaní, de veinte; a los veintiuno se casó con el hombre de su vida y padre de sus hijos. En octubre cumplirá los ochenta.

“En esta casa de la calle del Pozo tuve a mi primera hija, Cruz Matilde. Después tuve a los otros cinco; cuatro varones y otra hembra. Todos ellos son profesionales: dos son químicos farmacéuticos; otros dos médicos; una administradora hotelera, y una técnica en sistemas”, cuenta orgullosa Gladys, sentada en su mecedora de la sala, frente a la ventana que da a la calle, su sitio preferido.

“A mí me conocen en el barrio porque me gusta el baile. Incluso dicen que se me dañaron las piernas de tanto tirar pase. Entre los cabildantes hacíamos competencia de salsa, y yo era una de las mejores. Todavía me gusta, sino que ya no puedo. Las fiestas de noviembre eran muy sabrosas. A la plaza del Pozo nunca le han dado la misma importancia que a la de la Trinidad, porque es más pequeña. Ahora todo lo hacen allá. Antes todos los 11 de noviembre nos ponían una papayera en la esquina y hacíamos bailes”, rememora.

“Cuando comenzamos a vivir a esta calle todo era destapado. La plaza del Pozo era un playón. Todos mis hijos jugaron fútbol ahí. Y no faltaron las heridas, la clavícula o el brazo partido. En el barrio siempre hemos vivido como una familia. Aquí tengo a mi buena amiga Guillermina Meza, que fue la primera persona de Getsemaní que conocí y después a su hermano

Euclides, que compraron casa aquí al lado”, dice la abuela de la casa.

“Otro recuerdo importante para mí fue la explosión del mercado de Bazurto (el 30 de octubre de 1965). La noche anterior habíamos estado en una presentación en el Club Cartagena con la reina popular del barrio. Mi esposo era el presidente de la organización. Regresamos a las cinco de la mañana. A eso de las nueve o diez de la mañana se escuchó el estruendo y las casas temblaban. Salí a ver y había un montón de personas en la calle. Venía gente echando sangre, privada. Eso fue una cosa muy fea. Mi esposo se levantó corriendo y fue a ayudar a sacar la gente”.

DON JULIO

Uno habla con las Morán y siente que hay un ausente, alguien que aparece a cada rato en medio de la conversación. Es don Julio Morán Valencia, el patriarca, de origen cienaguero y fallecido en 2001. “Él estudiaba medicina y yo trabajaba como secretaria en la Acción Católica. Todas las tardes lo veía pasar. Ahí nos enamoramos”.

Don Julio había comenzado una buena carrera militar, pero pocos años después vino la baja por “guapo”, como dice su esposa. Antes de llegar a Cartagena vivió en Barranquilla, donde un familiar tenía una fábrica de escobas y cepillos. A la ciudad llegó para estudiar medicina en la Universidad de Cartagena, pero como había que generar ingresos terminó montando su propia empresa de cepillos.

“En el barrio le decían *Escobita* cuando empezó hacerlos, porque la gente tenía la idea de que la fábrica era de escoba, pero lo que más se hacía eran los cepillos. Nunca nos molestó que le dijeran así. Con eso sacó a sus hijos adelante, compramos la casa, la transformamos y paramos la fábrica”.

Cuando Gladys conoció la casa era y había sido por mucho tiempo un “pasaje” en el que se apretujaban muchos vecinos en muy poco espacio. Años después el dueño quiso venderla y la primera opción, con facilidades de pago, se la dió a la familia Morán, que ya se la tenía arrendada para la fábrica, aunque vivían en el callejón Ancho. Aún así tuvieron que escarbar dinero de donde no lo había para completar los primeros pagos.

La casa tiene bastante bastante fondo. Alcanza para que vivan varios

miembros de la familia y alquilarle a algunos externos. En lugar de un patio al fondo hay un taller donde guardan lo que queda la vieja fábrica, a la que los productos de plástico se llevaron por delante, como ocurrió en casi todo el mundo. Hay máquinas antiguas, maderas, moldes, materiales y muestrarios de cepillos. Uno de los hermanos, médico en ejercicio, todavía aparta tiempos para meterse allí y trabajar la madera.

“Todo se hacía manual. Eran unos 15 trabajadores entre hombres y mujeres del barrio. Recuerdo mucho a los pelaos de los Castro que vivían en el pasaje que había en este predio y trabajaban con nosotros. En esta empresa se formó mucha gente que al final le terminó montando la competencia”, recuerda Gladys.

De allí salieron los escobones y cepillos con los que por décadas se barrieron las calles de la ciudad. “En Cartagena era la única fábrica que los hacía, incluso la llegaron a eximir de impuestos por esa razón. Nuestros principales clientes eran las empresas públicas”, explica.

Don Julio le puso *La Universidad*. Luego un hijo que se encargó del negocio sacándole tiempo a su ejercicio como médico, lo cambió por *Asear*, que todavía figura en un retablo de madera en la fachada.

“Mi esposo era muy gracioso. Se entretenía contándoles chistes a las muchachas y ellas se reían de todo. Pero cuando hacían un cepillo mal se los devolvía para que lo volvieran hacer. Ellas le escondían el cepillo con defecto y le presentaban uno que ya estaba hecho como si fuera el corregido”.

La casa también fue un espacio de reuniones y tertulia política cuando don Julio militó en la Anapo, el partido que surgió al amparo de Gustavo Rojas Pinilla en los años 70. Por esa colectividad llegó a ser concejal de la ciudad y diputado de la asamblea departamental “en tiempos en que eso no era como ahora”, precisa Gladys.

“Después de la tienda que por años tuve donde ahora está la Casa Relax, en esta misma calle, monté aquí un almacén de servicios de aseo donde no solo vendía cepillos y escobas sino desinfectantes, límpido y jabón, incluso para surtir a oficinas y empresas grandes”, explica. Ahí queda ahora *Donde Gustavito y la Nena*, un lugar relajado para escuchar salsa, conversar y tomar algo, que crearon hace año y medio con un hermano.

Cuando no está atendiendo sus matas, Gladys adora sentarse en su mecedora frente a la ventana, o en las mesas del local. A sus casi ochenta años es una caja de música e historias. Solo es cuestión de darle un poquito de cuerda.

En el barrio le decían Escobita cuando empezó hacerlos, porque la gente tenía la idea de que la fábrica era de escoba, pero lo que más se hacía eran los cepillos. Nunca nos molestó que le dijeran así. Con eso sacó a sus hijos adelante, compramos la casa, la transformamos y paramos la fábrica.

-GLADYS CORTINA TAPIA

GLADYS MORÁN (LA HIJA)

La Nena Morán, también se llama Gladys y es la hija menor. De día trabaja en la Funeraria Lorduy y luego llega a su casa para atender el local. Pero en lugar de agobiarla, esa ocupación, que puede llegar hasta la media-noche, la relaja. Le gusta hablar con los clientes, con la gente del barrio, estar en esa acera que conoce desde niña y en la que apenas dejó de vivir unos cinco años, cuando se casó.

“Mi mamá me cuenta que salí del callejón Ancho muy pequeña y gateando. Estudié primaria en el colegio Alberto Fernández Baena, de la calle de Guerrero. No tengo muchos recuerdos de mi vida en las calles porque no me dejaban salir mucho, esto era muy peligroso. No podíamos estar afuera. Todo el tiempo era estar dentro de la casa compartiendo con mis hermanos, con los que siempre estuvimos juntos.”

“Cuando nos dejaban salir, el permiso era solo a la plaza del Pozo y hasta la esquina del callejón Angosto: ¡dos vueltecitas y para dentro!, fuera en patines o en mi bicicleta. A medida que iba creciendo los límites se iban ampliando, incluso el permiso en horas, porque tampoco podíamos estar hasta muy tarde. Con mi amiga Nora Meza y sus hermanos nos sentábamos en el parquecito. Entonces los bancos eran en cemento y parecían un ataúd porque medían unos dos metros de largo, eran rectangulares y muy anchos. Podíamos sentarnos unas ocho personas. Eso sí, cuando querían ser las ocho de la noche nos recogíamos. Las salidas eran solo los fines de semana, porque de lunes a jueves no podía salir uno ni asomar las narices porque había que estudiar”.

La Nena, como tantos de su generación, vivió una época de decadencia del barrio en la que, en general, el resto de cartageneros evitaba entrar. Desde afuera se le veía como un gueto y desde adentro muchos vecinos también querían un cambio. Fue cuando surgió el tema de las rondas nocturnas, para intentar controlar la ilegalidad y la inseguridad. Gladys, entre otros jóvenes vecinos, hicieron parte de ellas.

“De hecho, con mis hijas hacíamos rondas y en la noche salíamos a patrullar. Mis hijos, los vecinos, los de Guillermina y Mariela”, interviene Gladys, la abuela. “En todo ese proceso nos apoyó mucho Domingo Rojas, que fue el primer alcalde elegido popularmente (entre 1988 y 1990). Después de las siete de la noche salíamos un grupo de vecinos a patrullar las calles. Incluso, recuerdo que nos visitaron autoridades nacionales para conocer cómo habíamos hecho para mejorar el barrio sin violencia. Ellos querían tomar elementos de esta experiencia e implementarlos en el Bronx, en Bogotá. Les llamó mucho la atención la manera que utilizamos para mejorar las condiciones de vida del barrio”, explica la abuela Morán.

A su papá, lo recuerda más como un hombre serio, trabajador y respetado, pero al mismo tiempo muy querido por los vecinos. La Nena parece haberle heredado algo de ese temperamento: una mezcla de seriedad, camaradería y gusto por la fiesta, combinada con un fuerte espíritu de trabajo, que aprendió desde niña ayudando en la fábrica en la medida de sus posibilidades.

“Algo que nos identifica es que nos gusta mucho la rumba, la música, bailar, cantar, siempre hemos estado con el desorden, porque mis papás en su época también fueron muy bailarines. Mi mamá ahí donde la ves, cuando hay cumpleaños o pasan las cumbiamberas con la bulla de los tambores se para con su bastón y comienza a bailar”.

SHARY ROCIO TORRES MORÁN (LA NIETA)

Shary, la nieta, es la hija menor de La Nena. Vive con ellas y con su hermano Frank Steven, que estudia en la Universidad de Cartagena -como sus tíos y su abuelo- y quien por las noches ayuda a atender los clientes del local.

“Recuerdo que jugábamos mucho en la plaza con mis primas que también viven acá: al Quemao, al Tili-pon, a la Tapita y al fútbol. La plaza del Pozo era como nuestra tarima. Nos subíamos allá arriba y el resto de personas abajo. Incluso, nos metíamos dentro del pozo a jugar. Cuando nos dejaban manejar bicicleta era de esta esquinita a esa otra: el mismo permiso que a mi mamá. Las reglas se mantienen más que todo por mi abuela: -Cuidado llegas tarde, que a esa hora no sales más-”.

“Mis amigas eran las nietas de la señora Guillermina, la misma amistad que mi abuela, pero muchos se han ido mudando. Ahora paso más que todo con mis cuatro primas. Estudié acá en el barrio, en el colegio La Milagrosa de la calle Espíritu Santo. Mis primos y yo no aprendimos nada de la fábrica, lo que hacíamos con las cerdas y otros materiales era la comida para nuestros muñecos”.



AL RESCATE DE LAS ÁNIMAS

Su autor fue Pedro Tiburcio Ortiz Alaix, un español que llegó a Cartagena con su hermano, el sacerdote Manuel Ortiz Alaix.

“Pedro pinta el cuadro en Santa Rosa de Lima, donde su hermano era el párroco. Resulta que a Manuel lo trasladan a dirigir la iglesia de la Trinidad y Pedro se viene con él y termina el cuadro acá, en nuestra iglesia”, explica **Rosa Díaz de Paniagua**, getsemanicense y socióloga que participó en el rescate del cuadro.

Según los registros de Rosa, este cuadro fue “inicialmente colgado en la pared del ala derecha, cerca al altar de la Virgen del Buen Viaje, sitio que no hubiese podido ocupar si para ese entonces se hubiere conocido como Las Ánimas del Purgatorio”.

“Para 1930 el sacerdote Salvato Riano remodela la iglesia y lo coloca en el mismo puesto, pero para finales de la década del setenta, siendo párroco el reverendo Juan de Dios Campoy, se reformó la iglesia y el cuadro pasa a ocupar el sitio que tradicionalmente han tenido Las Ánimas del Purgatorio en las iglesias latinoamericanas, a los pies de la iglesia por el ala derecha y allí se le encontró en el momento de iniciar su restauración”, explica Díaz en un documento sobre este proceso.

“Yo estuve en el rescate del cuadro de *Las Ánimas del Purgatorio*. Lo pintó un familiar, Pedro Tiburcio Ortiz en el siglo XIX. Él se casó con una señora que vivía en la plaza de la Proclamación. Pasó el tiempo, tuvieron hijos y una descendencia y ya la mayoría se había muerto, sólo quedaba vivo un tío mío. Un día pensé sobre ese cuadro, porque tenía un hoyo bien grande: eso lo botaron. ¿Quién va a guardar esa cosa porque es bien grande? Se lo llevaron a Bogotá y lo restauraron”, nos contó **Mercedes González**, matriarca del barrio.

EL RESCATE

“A mí se me acercó Mercedes González. Entonces yo era la presidenta de la Fundación para la Conservación de Getsemaní. El arquitecto cartagenero Rodolfo Ulloa era subdirector en Colcultura -antes no existía el Ministerio de Cultura-. Le pregunté las posibilidades de restaurarlo y me dijo: -¡Hagámoslo!-”.

Y ahí, luego de la aprobación en Bogotá, apareció otra protagonista de esta historia: Yaneth Molina, del Centro Nacional de Restauración, de Colcultura, quien junto con Jaime Gutiérrez tuvieron bajo su cuidado la restauración del cuadro. Ella hizo una memoria personal del proceso y escribió un artículo más amplio. Ahí cuenta, por ejemplo, que la restauración se hizo entre 1988 y 1989, con participación de la comunidad.

“Colcultura nos envía a Yaneth Molina, la restauradora, pero con la condición de que todos teníamos que atenderla y hacernos cargos de los gastos de su estadía. Es decir, un día almorzaba en una casa o desayunaba en otra casa. Fue un proceso netamente comunitario”, recuerda Rosita.

El cinco de diciembre del 1988 comenzó el proceso de desmonte en la iglesia la Trinidad: fue un momento fue importante para el barrio, que le tenía mucho apego. Incluso hubo que superar muchas incomodidades de

su verdadero nombre es *Arcángel San Miguel*, pero le pudo más la tradición popular, que lo llamó *Las Ánimas del Purgatorio*. Los getsemanicenses encontraron en él un elemento de devoción y respeto. Un cuadro con mucha historia, parte inseparable de la iglesia de la Santísima Trinidad.

algunos vecinos y rumores de que se lo iban a llevar para siempre.

Para mantener a raya esos rumores y para que el proceso fuera

más transparente a Rosita se le ocurrió una idea. “Yo busqué una madrina por calle, quien informaba periódicamente a los vecinos sobre el estado del proceso de recuperación. Además, cada dos meses se enviaban personas del barrio a Bogotá, para que vieran cómo iba la recuperación. Los devotos al cuadro querían estar pendientes del proceso, por eso enviamos personas a verificar y dar fe de lo que pasaba y que no pensarán que al cuadro lo habían cambiado”, explica Díaz.

En el proceso de desmonte “tuvimos que dejar afuera el cuadro para que la gente devota pasará a despedirse”, cuenta Rosita. El día que salió del barrio estuvieron presentes varios vecinos: “Nicolás Puello Hernandez, Heriberto Martinez, Antonio Acevedo, Merceditas Gonzalez, Martha Guzmán, Alcira Mendez, Carmelo Hernández y Noris Díaz”, según quedó registrado en el acta de desmonte y trabajo de la obra.

Yaneth narra en su texto que:

“En Getsemaní, la gente conserva fotografías donde posan al lado de la pintura de Pedro T. Ortíz, se recuerdan anécdotas del pintor, se tejen leyendas. Esto último pudo comprobarse cuando hubo necesidad de trasladar la tela a Bogotá. Incluso, llegó el rumor de que la obra no sería devuelta a la iglesia. Mientras la obra permaneció en el Centro Nacional de Restauración, vinieron comitivas a ponerse al tanto de los avances del trabajo y algunos devotos se acercaron a orar ante ella”.

Salim Osta, restaurador cartagenero y quien vive en Getsemaní, recuerda sus días de estudiante en el Centro Nacional de Restauración. Aunque no trabajó directamente en el cuadro sí lo veía todos los días en su lugar de estudio. “Todo el mundo tenía que ver con ese cuadro, iba gente a observarlo y visitarlo”. Uno que no le perdía pisada al proceso e iba casi a diario era Rodolfo Ulloa.

En ese entonces la Dirección de Patrimonio de Colcultura tenía un plan para evitar la renovación urbana del barrio, es decir casi que se pudiera tumbar y construir de ceros. La costosa restauración del cuadro y la recuperación de la iglesia de la Trinidad -necesaria, además, para poder mantener bien el cuadro restaurado- hicieron parte de ese plan desde el gobierno nacional para fortalecer esos símbolos tan importantes para la identidad del barrio.

“¡Cuando el cuadro regresó se hizo una gran fiesta! A todos los que conocía les fui transmitiendo la noticia. Yo siempre he estado pendiente de él porque Yaneth Molina dijo que debían limpiarlo con algo de pluma. Ahora ya no lo hago porque no puedo, pero cada vez que voy a la iglesia de la Trinidad aprovecho y lo hago”, cuenta Mercedes.

El 23 de agosto de 1991, a las seis y media de la tarde, la comunidad lo recibió de nuevo. Allí estaban vecinos, estudiantes de Bellas Artes que participaron en el proceso de restauración, Rosita, Yaneth, Mercedes, Rodolfo y muchos vecinos. *Las Ánimas del Purgatorio* restaurada, con sus colores originales y mucho más visibles sus detalles y personajes, regresó a su puesto de honor en la iglesia de La Trinidad.

Cada quien le pedía a su medida y particularidades. Hasta los estudiantes iban a orarle al cuadro para que no se les olvidaran las respuestas de un examen.

En el tercio superior y sobre unas nubes se encuentra la Santísima Trinidad, rodeada de ángeles y un Jesús semidesnudo con manto rojo y un cetro en la mano.

En el tercio de la mitad se encuentra el arcángel San Miguel, intermediario entre la doliente humanidad y las jerarquías celestiales, muy propias del catolicismo medieval. Sostiene una balanza porque es el encargado de pesar las almas de los muertos.

En el tercio inferior del cuadro se encuentran las ánimas del purgatorio destacándose obispos, un papa, un rey y una reina que miran hacia arriba o se cubren las manos.

La cartela informa que el cuadro fue pintado en 1868, quién fue su autor y el párroco de entonces.

El cuadro mide 3.80 de alto por 2.62 metros de ancho.



El culto a las Ánimas proviene de la Edad Media y fue un recurso para la evangelización tanto en iglesias doctrineras como parroquiales. Estuvo muy extendido en América Latina. En Getsemaní puede leerse como una manifestación del mestizaje cultural.

En general, es un cuadro que representa la doctrina católica de manera visual, algo que se consideraba necesario en la evangelización de los indígenas, que no tenían el texto escrito como su referencia fundamental de conocimiento.

Se detectó una mano distinta a la de Pedro Tiburcio para pintar la parte de las ánimas, que tienen un terminado de rasgos más duros.

En la restauración borraron una llama a la derecha que tapaba la cara del autor, una especie de firma heredada del Renacimiento. “Si vas al cuadro te das cuenta que ese es el único personaje que donde tú te pongas te está viendo”, explica Rosita.

DEL DETERIORO A LA VIDA

Al cuadro lo encontraron con unos ocho pliegues visibles y con el hoyo descrito por Mercedes. En su documento, Yaneth lo describe así:

“El primer reconocimiento de la obra no permitió apreciar en toda su dimensión sus valores estéticos y devocionales: permanecían ocultos, escondidos bajo una capa blanca de sal, polvo, grasa, mugre y deterioro, los cuales hacían las veces de un filtro oscuro, dejando percibir solo alguna imágenes tenues y otras pérdidas dentro de tonalidades frías, grises, sucias y oscuras”. Incluso los excrementos de murciélagos, buhos e insectos habían manchado la pintura.

“Las condiciones de deterioro eran avanzadas, con daños profundos a nivel estructural y mecánico, en su soporte, base de preparación y capa pictórica que la conforman. Desprendiendo y con falta de adherencia de

la capa a la base de preparación, intervenciones inadecuadas y alteradas, materiales agregados y adheridos que formaban una capa de 3 milímetros sobre el original, rasgadas en sentido vertical y horizontal”.

Pero había algo a favor, que recuerda Salim Osta: “La ventaja de ese cuadro a nivel técnico es que está reentelado: detrás de su soporte original hay uno auxiliar pegado a la seda. Eso se hace para que el cuadro esté adherido atrás a otro soporte en lino, así va a ser más resistente a las condiciones medio ambientales”.

La restauración, en palabras de Yaneth, “reveló un universo de colores intensos y alegres, además de una buena cantidad de detalles ornamentales o simbólicos. El tono del cuadro, que en un principio habría podido considerarse sombrío, resultó luminoso”.



[illegible]

Aquí vivió la señora Georgina Aljure
Marum con toda su familia.

Hoy: Hostal Selina
Horario: 24/7.
Teléfono: 608 50 09.

Hoy: Banco Agrario.
Horario: de lunes a viernes de 8:00 a.m.
a 4:30 p.m.
Teléfono: 650 13 21.

Hoy: Café de las novias
Teléfono: 664 57 07
Horario: lunes a domingo de 9:00 a.m.
a 8:00 p.m.

Hoy: Mister Babilla.
Horario: de lunes a domingo.
Teléfono: 3156792764.

Aquí vivió la familia de Alejandro Majana, que tenía un almacén llamado 5 y 6 donde vendía toda clase de toldos y baúles.

Hoy: La Santa Club Cartagena.
Horario: Lunes a domingo de 2:00 p.m.
a 3:00 a.m.
Teléfono: 300 235 68 12.

El pasaje Leclerc conserva el estilo republicano con que fue construido en 1925. Allí vivieron hacinas y en arriendo más de cien familias. En el primer piso se procesaba maíz para hacer bollos y después hubo un San Andresito.

Hoy: Pasaje Leclerc.
Horario: Lunes a domingo de 7:00 a.m.
a 10:30 p.m.

Aquí vivió la familia Díaz que en el primer piso tenía la Farmacia Díaz. Después estuvo el almacén MÁS y tras su incendio pusieron el primer almacén *Olimpica* en Cartagena, de propiedad de Henry Char.

Hoy: Restaurante Red Knife- Parrilla
de autor.
Horario: de lunes a viernes 12:00 m. a
10:30 p.m.

Aquí estuvo la casa de Pedro Romero, que inicialmente era de un piso y después fue remodelada hasta hacerla de tres. Aquí funcionó un hotel bastante precario.

Ahora: una sede de la Universidad
Rafael Nuñez.

Iglesia de la Orden Tercera, que fue parte del conjunto franciscano.

Edificio García. La familia García Moreno llegó en 1963. Martín García, el padre, era mayorista de víveres y abarrotes y agente de la Cervecería Águila. Aún viven allí los hermanos Martín, Eduardo y Nelly García.

Hoy: Frucar. Horario: Lunes a sábado de
6:00 a.m a 5:00 p.m. Teléfono: 6645282

Esta la llaman La Casa Antigua, pero está integrada al edificio García, al lado.

Aquí estuvieron el teatro Rialto y, atrás,
el Bucanero.

➤ Hoy: se construye el complejo hotelero San Francisco.

Aquí funcionó el teatro Padilla, en donde antes estaba una parte de la casa del Almirante Padilla

Entrada del Centro Comercial
Getsemaní.

Hoy: Selina
Teléfono: 508 50 09.
24/7

Por muchos años existió un taller de joyería de Fortunato Vergara, getsemanicense. Aún viven una hija y nietos.

Por años aquí funcionaron las oficinas
de Bancolombia.

Hoy: Hostel Cartagena Legend.
Horario: 24/7.
Teléfono: 304 582 96 95

Aquí quedó la tienda de San Payo.

Las calles Larga y de la Media Luna fueron las primeras del barrio y alrededor de las que fueron trazadas las demás. Son tan antiguas que ya aparecen en un plano de 1597. Contarlas es también contar un poco nuestra historia. En esta tercera entrega nos ocuparemos del tramo que va desde la iglesia de la Orden Tercera hasta la calle San Juan.

Y habría que comenzar por ahí: por la distancia entre la iglesia y la calle San Juan, que a los vecinos se les hacía larga. Dicen que ese es el origen del nombre popular, porque formalmente la tenido otros. Por ejemplo, nos recuerda Donaldo Bossa Herazo: “en 1882 la junta de Alumbrado Público de Cartagena dió a esta calle el nombre del prócer y mártir D. Miguel Díaz, Granados”.

Otra fuente señala que: “El primer tramo, o sea el comprendido de la orden Tercera a la esquina de los doctores Vargas Vélez, se llamó de Granados; desde esa esquina al Callejón Piñeros, el Consejo Municipal dispuso que tomara el nombre de D’ Elhuyar; de este lugar a la esquina de la calle de la Marina se llamó Nuestra Señora de la Paz”.

¿Y por qué era tan largo ese tramo? Porque ahí estaba ubicado el convento

de San Francisco, la construcción que le dio origen al barrio y que ocupaba el terreno de mayor tamaño de lo que hoy llamamos Centro Histórico. Por el flanco de la calle, además de la iglesia esquinera estaban las huertas del convento que ayudaban a alimentar a los monjes y quienes estaban hospedados ahí, pues también funcionaba como una especie de hotel para los religiosos y autoridades que llegaban a Cartagena en espera de zarpar hacia España o hacia el interior del virreinato.

Del templo de la Orden Tercera (la de los laicos franciscanos) se sabe que comenzó a ser construido en 1633 con aportes de la comunidad de vecinos y el apoyo del gobierno de Antonio de Salas. También se sabe que se levantó en muy pocos años y que tiene un gran parecido con la de Santo Toribio, en San Diego, casi como si las hubiera diseñado la misma persona.

Al frente de la iglesia vivió una figura principal para el barrio. Nos lo recuerda Bossa Herazo: “En la esquina, frente al costado sur de la iglesia de la Tercera Orden, estuvo la casa de propiedad del Teniente Coronel Pedro Romero, donde habitaba este prócer con su familia. Hoy se levanta allí un moderno edificio de tres pisos. En la misma acera, y a mitad de cuadra, tuvo Romero su taller de fundición, que le fue confiscado por las autoridades realistas en 1815”, nos recuerda Bossa Herazo. En ese taller, recuerda otro autor, Romero hizo varias campanas para diversas iglesias de la ciudad.

Con el paso de los siglos algunos de las antiguas huertas fueron pasando a manos de particulares. En parte de donde ahora queda el Centro Comercial Getsemaní estaba la casa del almirante José Prudencia Padilla, quien tuvo un papel protagonista en el proceso de Independencia. Esa casa, según las pistas históricas tenía una salida por la calle San Juan.

Entre la iglesia y el centro comercial quedó el antiguo teatro Rialto, abierto y con tribunas como las de los viejos estadios de béisbol, que hizo toda una época de cine popular para el barrio.

“¿Y los helados de “El Polito”? Manjares de dioses que ofrecían en un modesto local al lado del Teatro Rialto, en la calle Larga. Sólo los cartageneros que vivimos entre los años cuarenta y cincuenta del siglo XX tuvimos el privilegio de degustar los helados de don Andrés López, que era el nombre del dueño del negocio, quien antes había sido propietario de “El Polo Norte” de ahí el nombre de éste. Todavía no han podido hacer en Cartagena unos helados de frutas iguales a los de “El Polito”, a pesar de toda la tecnología y adelantos del presente”, recuerda Rafael Ballestas.

Quando el mercado público tuvo su auge en la calle Larga -por buena parte del siglo XX hasta su traslado a Bazurto en 1978- vivieron muchos de los comerciantes que hacían negocios allí, en particular la comunidad sirio-libanesa. 🟢

En la esquina, frente al costado sur de la iglesia de la Tercera Orden, estuvo la casa de propiedad del Teniente Coronel Pedro Romero, donde habitaba este prócer con su familia.

-BOSSA HERAZO

PARA SABER MÁS:

Nomenclator Cartagenero. Donaldo Bossa Herazo. Banco de la República. Bogotá. 1981.

Cartagena de Indias. En la Palma de la mano. Raúl Porto Cabrales. Ingeniería y diseño. 2016.

Cartagena de Indias. Relatos de la vida cotidiana y otras historias. Rafael Ballestas Morales. Segunda edición. Universidad Libre. 2008.

LA VIDA EN 480 LOCALES



Fotografía de archivo cortesía del Centro Comercial Getsemaní

En el Centro Comercial Getsemaní late la vida de muchas maneras. Hay tantos locales, distribuidos como si fuera un barrio con sus calles internas, que se pudiera pasar todo el día en él reparando un computador, en la peluquería, comiendo aquí y allá, comprando artículos importados y artesanías del país.

La primera fase se empezó a construir en 1986, por el lado de la calle Larga. Ya completado el CC Getsemaní tenía tres entradas: las actuales de la calle Larga y la de frente al parque Centenario y una que daba a los viejos teatros. Es decir: un cruce de caminos perfecto. Sin embargo, con el cierre de los cines se selló aquella entrada.

No fueron tiempos fáciles los de 1988, cuando se abrió al público. La clientela no llegaba con facilidad y los locales de demoraron un poco en abrir todos. Pero como eran pocos y no había un dueño en común había un sentido de vecindad y de barrio que todavía se mantiene y le da su propia personalidad: un lugar con muchos colores, avisos, personajes. Un mundo bastante auténtico con un gran sabor local.

“Yo me crié en este centro comercial y a la casa íbamos era a dormir. De pequeños veníamos a armar las bicicletas, a estar pendientes de la mercancía, que no cabía en el local. Incluso hasta los 24 de diciembre. Nuestra Navidad eran los juguetes que no se vendían”, recuerda Diana González, hija de doña Isabel Ensuncho, fundadora de Variedades Elena, uno de los primeros locales en abrir. “Cuando era niña yo me la pasaba sentada en una silla porque estos pasillos estaban solos. Pasó el tiempo y empezaron a llegar más niños, hijos de los otros propietarios”.

Diana ahora esa sensación de vecindad de otros tiempos. Incluso varias veces organizaron paseos en los que los comerciantes llenaban un bus alquilado para irse a alguna playa. Luego las cosas mejoraron mucho, incluso para su propia familia, que con el paso de los años fue comprando más locales que ahora arriendan.

Como ellos, otros de los pioneros fueron comprando locales. Hoy el arriendo de uno sencillo puede rondar los 600.000 pesos y entre 50 y 60 millones de pesos para comprarlo, siempre con el tema de la ubicación como factor determinante para establecer el precio.

Marta Díaz recuerda que: “Al inicio sólo había unos seis o siete locales abiertos. Nada más: los de los Rosales, el restaurante en un segundo piso,

RESTAURANTE RICO SAZÓN

Donaldo Sotelo: “Tengo aproximadamente 20 años de estar en este Centro Comercial. ¡Hace rato! Este negocio era de mi papá y me lo entregó para manejarlo. Durante este tiempo he tratado de mantenerlo y mejorarlo. Lo que sí hemos mantenido es la buena comida y la buena atención. Yo empecé vendiendo desayunos y almuerzos, pero me quedé con lo que más se mueve que son los almuerzos.

Lunes a sábado de 8:00 a.m. a 4:00 p.m.



PAPELERÍA MAPY

María del Pilar Puente: “Estoy en el Centro Comercial desde el 2001 con mi papelería cumpliendo las necesidades de las personas en temas escolares y de oficinas, ya que este sector hay muchas”.

Domingo a domingo de 8:00 a.m. a 6:00 p.m.



VAMBW 'LA CALETA DEL SOMBRERO'

Aldemar Carvajal Orozco: “Estoy en el Centro Comercial desde el 23 de octubre del 1993. Yo viví en Getsemaní gran parte de mi vida. De hecho, tengo tres hijos getsemanicenses. Yo llegué acá de turista, me dio por ponerme a trabajar en la calle, en la playa y un día cualquiera se me dio por montar un local, me casé con mi mujer y un día con nuestros ahorros empezamos en firme a ser comerciantes de artesanías y hoy, de sombreros”.

Domingo a domingo de 8:00 a.m. a 6:00 p.m.
Tel: 6644792 - 3167475471.



ARTE MARQUETERÍA

Ernesto Romero: “Siempre he trabajado acá desde la parte artística. Al inicio los cuadros que vendía se los compraba a proveedores, pero por cosas de la vida me tocó aprender a pintar, aquí mismo, en este espacio. Soy autodidacta. Un día llegó un señor con su esposa, yo le mostré ocho opciones y él le pregunta: -Mi amor, ¿cuál te gusta? y ella responde: -¡Todos!- y se terminaron de llevar los ocho cuadros.

Domingo a domingo de 8:00 a.m. a 6:00 p.m.
Tel: 3114268490.



FLORISTERÍA VIVA FLOR

René Ceballos: “Comenzamos en el centro comercial desde 1990. En ese momento este lugar se encontraba solo. Llegamos como una distribuidora de flores porque había muchos vendedores de flores ambulantes en el centro y vi una oportunidad de negocio. Después, viendo la buena demanda, ocupamos un segundo piso. Lo que nos ha hecho referente es que empezamos a darle refrigeración a las flores: cuando llega el cliente tiene flores frescas.

Lunes a sábado de 8:00 a.m. a 6:00 p.m.
Tel: 304 3473148.

PELUQUERÍA MARTA

Marta Díaz Bedoya: “Tengo unos 29 años de estar trabajando acá. Inicié como peluquera haciéndole unas vacaciones a una compañera y me fue muy bien. Siempre me criticaron que esto no daba dinero, pero tiempo después terminé comprándole el negocio a la señora que me había contratado. Cuando inicié todo estaba comenzando. Recuerdo mucho al señor Rosales, de la confitería de al lado; un almacén de ropa; a la señora Elena, que también comenzó con un puesto de belleza. Alguien me dijo que cómo era posible que yo fuera a comenzar mi negocio en ese cementerio. Le dije que sí y que iba a ser el cementerio más famoso de la ciudad. ¡Este es el cementerio más vivo de todos!

Lunes a Domingo de 8:00 a.m. a 6:00 p.m.



TIENDA NATURISTA OASIS DE LA SALUD

Sir Nayr Gracian: “Tengo 24 años de estar en este lugar. Yo traía mercancía constantemente de Maicao, pero en una ocasión me di cuenta que no quería estar más allá y vi la oportunidad de quedarme en Cartagena. Cuando llegué al centro comercial empecé vendiendo whisky y cigarro. Después vi la oportunidad de pasarme a vender productos naturales y gracias a Dios con eso he mantenido a mi familia”.

Domingo a domingo
Tel: 316 3974589 - 67991080.



ARTENOC

Enoc Martínez: “Tengo 18 años de estar trabajando en el centro comercial. Empecé aquí porque mi hermano ya tenía un negocio constituido y me cedió el local donde hoy me dedico a la venta de artesanías. Hay una anécdota muy bonita y es que alguien me compró un reloj artesanal y por cosas de la vida llegó a manos de la Primera Dama. En una ocasión me llaman de la Presidencia de la República, en el gobierno de Santos, porque la primera dama quería agradecerme por ese regalo, incluso me mandaron una placa. Yo no sabía que estaba pasando, solo sé que el reloj llevaba una marca con los datos de mi negocio y por eso me contactaron”.

Lunes a sábado de 9:00 a.m. - 7:00 p.m.
Domingos de 10:00 a 2:00 p.m.





una whiskería, una ferretería y un almacén de ropa. Por eso decían que era un cementerio. A pesar de ser tan poquitos locales yo comencé con el pie derecho. Lo bueno de todo es que como tenía tres entradas eso era maravilloso, porque la gente que entraba a cine también entraba acá, aunque solo hubieran ese poquito de locales venían a buscar cosas específicas, entre ellos mi peluquería”.

“Después en las tardes a entrar a las familias a recrear a sus hijos. Infaltable la heladería Alba. ¡Ojalá y se repitiera! Aquí había un parque de recreación, el más hermoso de Cartagena: había unos carruseles, caballitos, la ola marina. Había un restaurante muy bueno y unos palos de mango que eso era una frescura deliciosa. Esto era hermoso. Para mí iba a ser el mejor centro comercial de Cartagena”, recuerda Marta.

“El centro comercial como tal no ha cambiado, pero sí los comercios. Cuando llegué eran más los locales de peluquería, después fueron entrando los computadores y las artesanías. La gente no daba un peso por él y ahora muchos quieren tener un local acá. Este centro comercial ha revivido: antes era pesado, pero ahora hay más flujo de personas, sobre todo turistas”, cuenta Enoc Martínez, de Artenoc.

Y en ese cambio de época hay una inevitable tensión entre lo tradicional -esa vocación de pequeño barrio y de pasaje comercial que todavía defienden muchos de los propietarios- y la necesidad de evolucionar de acuerdo a los cambios de Getsemaní y del público que llega. Por ejemplo, la profusión de turistas no era algo contemplado en aquel lejano 1988, pero ahora se expresa en un creciente número de locales dedicados a la artesanía, por ejemplo.

Quien desde hace tres años debe gestionar ese cambio es Karina Puerta, la actual administradora, quien venía de estar al frente del centro comercial Los Ejecutivos. Ella ha puesto su esfuerzo en potenciar todo lo que puede dar este espacio de más de diez mil metros cuadrados, con más de 300 parqueaderos, en el corazón de una ciudad del nivel turístico de Cartagena. Eso la ha llevado a organizar eventos y novedades para celebraciones como el día de la Madre o el Padre, con el primer campeonato de dominó, que es el juego preferido allí.

Sin embargo, un tema que le retrasó los planes al llegar fue la caída de viejo balcón de la casa que es el ingreso frente al parque Centenario. “Abajo había gente y por suerte se corrieron antes de que se desplomara” cuenta ella. Esa renovación, con todo el manejo puertas adentro -porque tocó cerrar esa entrada y se bajaron las ventas- y puertas afuera le ocupó mucha energía y trabajo.

Ahora tiene la mira puesta en el fiestas novembrinas, a las que el centro comercial ha brindado apoyo, entre otros con un desfile con las candidatas al reinado de la Independencia. “¡Esta es la casa de ellas!”. También se prevé la inauguración de un show room para bodas, que pronto inaugurará Viva Flor, uno de los comercios más antiguos y que más ha crecido dentro del centro comercial.

Fotografía de archivo cortesía del Centro Comercial Getsemaní



Fotografía de archivo cortesía del Centro Comercial Getsemaní



LA CASA ORIGINAL

Jorge Sandoval ha hecho un esfuerzo investigativo para caracterizar la arquitectura de la casa que da al frente del Parque Centenario y que constituye la entrada del centro comercial

“Con el transcurrir de los años, el clima y las transformaciones a las que han sido sometida la edificación, al igual que la falta de mantenimiento adecuado, algunos sectores tuvieron un abandono prolongado desde fin del siglo XIX. Gran parte de la casa estaba en mal estado hasta su intervención entre 1918 y 1922. Había deterioro claro y falta adecuada de intervención preventiva, contribuyendo a dejar muy deteriorado el inmueble”.

“El local comercial ha sufrido muchos cambios desde la demolición de la casa del periodo colonial en madera, cantería y arcilla a inicios del siglo xx. Desde siempre la casa tuvo mampostería, ahora solo lleva concreto y cemento bajo el muro viejo. La madera de aquí es escasa, solo en marcos de puertas y ventanas o una que otra hoja de puerta y tablero para ventanas”.

“Todos los pisos de la edificación corresponden al periodo republicano casi por llegar al tardío o al también mal llamado periodo de la transición de la arquitectura local. Su piso es de mosaicos tipo Pompeya, alguno de los cuales han sido cambiados, desfigurando los diseños con que inicialmente fueron concebidos”

Al parecer el inmueble fue una casa alta que tuvo entrepiso. Luego se añadió un balcón republicano, “con elementos variados no muy clásico, con tres módulos y cinco pies derechos con capiteles y base acanalada”. Como tantas otras de la calle de la Media Luna a esa casa se le hicieron adaptaciones para que funcionara un local comercial en el primer piso y como casa de residencia en el segundo. ➤

Investigación histórica:
Getsemaní centro histórico de Cartagena de Indias.
Jorge Sandoval Duque.
Cartagena de Indias, septiembre de 2017.



Imagen: Proyecto San Francisco

LA SALSA SE QUEDA

En Getsemaní hay dos pequeños edificios muy parecidos que en realidad alguna vez fueron un mismo predio y que tienen una gran vista sobre el Camellón de los Mártires y a la Torre del Reloj. Su arquitectura es bastante sencilla, reflejo de unas necesidades prácticas en la época de su construcción.

Descrito así en abstracto quizás todavía no le suene a muchos cartageneros, incluso vecinos del barrio, pero si decimos *Quiebracanto* o *La Caponera* ahí sí muchos se ubican al instante.

Ambos edificios fueron parte de un mismo solar que se edificó muy rápidamente por estar sobre el camino de entrada y salida de la ciudad, frente a la plaza y los corrales del matadero y al lado del convento de San Francisco. Para la toma de Drake, en 1586, ya aparecía como casa de un piso y en el censo de 1777 ya eran casas altas como predios separados. Así fue hasta hace unos ochenta años, cuando se construyeron los pisos superiores, con el apogeo del Mercado Público.

Por muchos hubo allí, en el primer piso, un almacén de víveres y abarrotes fundado por Antonio y Rafael Paternina Portacio. Así lo recuerda **Iván Posada**, vecino del parque Centenario: “En la época cuando existía el mercado público -de 1904 hasta los años setenta- había en la zona muchas tiendas de abarrotes y misceláneas, era algo muy comercial. Cuando regresé de estudiar del extranjero eso ya estaba convertido en una zona totalmente diferente”.

Parte de esa transformación también se dio en el primer piso. Los hermanos Paternina le habían transferido el almacén de abarrotes a don Emigdio Morales Puello, quien puso allí en local de venta de repuestos para automóviles. Lo llamó Puerta del Sol y la voz popular lo usó para el edificio completo. Otros lo llamaron edificio Morales, por don Emigdio.

Vino una época de vaivenes, pero a mediados de los años noventa llegó el nombre con el que más se asocia ahora: *Quiebracanto*. Alvaro Manosalva, su propietario nos contó así su llegada al edificio: “Cuando vine a Cartagena pensé ubicar el bar en una edificación con un espíritu de tradición. Luego vi este sitio al frente del Camellón de los Mártires, donde había algo como una ferretería o de repuestos de la familia Morales. Subí, miré por el balcón y con esa vista impresionante me dije: ¡Aquí es!”.

“Me contaron que antes funcionaba otro bar de un extranjero, que luego lo cerró y se lo vendió a unos peluqueros, hubo algo de apuestas, y parece que también funcionó una sede del EPL. Cuando lo tomé lo iban a usar como bodega porque no tenía instalaciones de nada, estaba abandonado y convenci a esa persona que iba a ser un lugar de historia, cultura y arte”, relata.

En el primer piso, donde estuviera el almacén de don Emigdio, funcionó desde 2000 *La Caponera*, nombre de exitosa novela de televisión. Primero

funcionó como un estanco-tienda de día y en la noche un bar con música variada, hasta que en 2004 ya funcionó como un negocio nocturno con énfasis en la salsa y un ambiente que acogía a más

clientes, por los precios, el ambiente relajado y el carácter abierto sobre la calle. Al lado de *La Caponera* funcionó en los últimos años otro local de venta de licor, con escaso público y en los dos pisos superiores había un muy modesto hotel.

En el tercer piso del lado de *Quiebracanto* funciona el cine club de ese bar: un espacio cultural donde se pueden ver películas clásicas o asistir a una magnífica conversación académica sobre cómo nos vestimos en el Caribe, por ejemplo, tal y como ocurrió hace pocas semanas con lleno total, principalmente de jóvenes.

En el cuarto y quinto piso había unos deteriorados apartamentos. Allí vivió Jhon Narváez, el actor y gestor cultural cartagenero, quien era un asiduo asistente de *Quiebracanto* en los años noventa, mientras estudiaba en la Universidad de Cartagena.

“Y al fin terminé viviendo en el quinto piso del Quiebracanto en dos épocas”. La última de ellas terminó en 2016. “Yo veía la hora en el reloj público en la mañana desde mi cama. Esa es la mejor vista de toda la ciudad. Tú estabas ahí y al frente tenías el Centro, el Camellón de los Mártires y el muelle”.

Pero se trataba de apartamentos muy vetustos a los que se les hacía un escaso mantenimiento y ni hablar de reformas o modernizaciones. Se habían estancado en algún momento de varias décadas atrás. Cada vez que llovía, los cántaros de agua apenas si cabían en los baldes y cuencos desperdigados por todo el apartamento del quinto piso.

En el inmediato futuro, el edificio hará parte de un conjunto hotelero que construye el proyecto San Francisco y que engloba también el claustro y el templo de San Francisco, los viejos teatros, el Club Cartagena y la casa Ambrad. La idea es recuperar su arquitectura sencilla, dejando la fachada actual con los ajustes de ingeniería necesarios para integrarlos a un conjunto hotelero de alto estándar.

La buena noticia para los amantes de *Quiebracanto* y de su salsa es que luego de la intervención integral del proyecto hotelero, el bar se quedará en el hotel, con su espíritu de siempre. Mientras tanto operará temporalmente en otro local cercano. La salsa se queda. ➤



EL CAMELLÓN DE LOS MÁRTIRES:

(primera parte)

Hoy se llama el Camellón de los Mártires, pero antes -en la Colonia y comienzos de la república- tuvo diversas formas y usos. Sin embargo, a lo largo del tiempo ha cumplido dos funciones: conectar y ser punto de encuentro. Esta es la historia de uno de los espacios emblemáticos y necesarios para entender la evolución de la ciudad y, en particular, de Getsemaní.

Hay que recordar que cuando se fundó Cartagena, Getsemaní -que todavía no se llamaba así- era una isla esencialmente despoblada separada del Centro por un ancho caño, que discurría por lo que hoy es La Matuna. “La ciudad se encontraba levantada sobre un islote de naturaleza coralina, que los indígenas habrían denominado Calamarí, utilizando los españoles además, otro muy separado del primero por el caño de San Anastasio”, explica un documento del Banco de la República. La necesidad de conectar ambas partes era muy evidente.

“La construcción de dicho puente sobre el caño de la Matuna, o de San Anastasio, frente a la puerta de entrada a la ciudad se inició en 1539 por iniciativa del licenciado Santa Cruz, gobernador y juez de residencia, y fue terminada por el regidor Alonso de Montalbán un poco antes de 1554, tomando el nombre de Puente de San Francisco, por el de la isla y el convento que en ella se construía”, explica Rafael Ballestas.

“Lo primero que hicieron los franciscanos fue rellenar con arena ese espacio para entrar a la ciudad. Ese lugar tenía que ser apto para las procesiones porque el sacerdote encargado del convento no tenía que estar aislado y debía tener una relación directa con la ciudad”, nos explica **René Julio**, sentado en ‘La Cueva’, su espacio de estudio y conversación con amigos y conocidos.

Hacia 1631 fue construida bajo la actual Torre del Reloj, una puerta de acceso que en épocas recientes todavía era llamada por la gente como la ‘Boca del Puente’, su nombre original. La ciudad había sido sitiada por un ataque pirata y se vio la necesidad de fortalecer la seguridad de esa, que era la única entrada al casco amurallado y del puente levadizo sobre el caño. El resultado fue algo rústico y no muy significativo en términos militares que duró algo más de seis décadas, pues en 1697 fue destruida en un asedio francés.

En 1704 la convirtieron en una puerta de tres bóvedas a prueba de bombas, que son las que hoy se ven. Originalmente la “del medio servía para el tránsito ciudadano. Las dos laterales eran usadas como bóveda de armamentos y abrían exclusivamente hacia la central”, explican María Marcela Barvo Baiz y Yuris Paola Perdomo Ayola en su tesis de grado.

Sobre esta bóveda central se descargaba el puente levadizo, que servía como defensa de la comunidad, ya que en caso de ataque enemigo, era levantado para impedir el acceso de bucaneros y piratas, según un informe del Instituto Cervantes.

Aquí hay que pensar en lo siguiente: el sistema de fortificaciones militares de la Colonia implicaba que en realidad la puerta más fuerte y mejor defendida fuera la de la Media Luna. Esta, ubicada al final de la calle del mismo nombre, era la que protegía la salida y entrada por tierra de la ciudad. Por ahí ingresaban los suministros, alimentos y viajeros. Si venías por tierra primero pasabas por la puerta de la Media Luna, circulabas por la calle que ahora tiene ese mismo nombre y ahí desembocabas a una amplia explanada.

Así, vista a la distancia, en el origen de todo estuvo el núcleo de la Boca del Puente, el núcleo del convento y el puente levadizo sobre el caño que los unía a ambos. Los sucesivos rellenos y ampliaciones fueron configurando

la base de un espacio que hacia finales del siglo XVIII, antes de la Independencia, era especie de playón donde había mercado, ventas y construcciones para comercio y vivienda. Ese amplio terraplén no era el espacio angosto que hoy percibimos como el propio camellón sino una amplia explanada que incluía lo que hoy son el camellón, el parque de la Independencia, el patio de banderas del Centro de Convenciones, la parte frontal del convento de San Francisco y el muelle de la Bodeguita.

El grupo Conservar, liderado por el restaurador Salim Osta, explica en su libro *Camellón de los Mártires, recuperación de su Patrimonio Mueble* que después del sitio de Pablo Morillo, en 1815, fueron derribados los locales de comercio. Aquello era llamado entonces la Plaza del Matadero pues durante la Colonia, donde hoy está la pista de patinaje, funcionó allí el lugar de sacrificio de los animales para consumir.

Un espacio que con el correr de los años había adquirido una identidad propia era la plazuela frente al convento San Francisco. Allí, en el atrio del templo, fue donde en 1811 se reunieron los lanceros bajo el mando de Pedro Romero, que resultaron determinantes en la declaración de Independencia. Ese espacio se fue rellenando incluso por la sedimentación del mar y hacia 1870 ya era una plazuela por derecho propio. Incluso parece que antes del camellón aquel espacio era llamado por la gente como plazuela de San Francisco.

DESPUNTA EL CAMELLÓN

Por razones obvias el Camellón de los Mártires no existía antes del proceso de Independencia. “Ahí había un camino al continente y tierra firme que pasaba por la isla de Getsemaní, cruzaba la isla de La Manga y de ahí al camino a Turbaco. De hecho, la calle Real de Manga hacía parte de esa vía”, explica René Julio.

Julio explica cómo la noción de mártir se correlaciona con las ideas de libertad e independencia, así como con la supuesta paz que seguiría a la liberación de la corona española. Es decir, aquello que para muchos hoy ha perdido significado, en esa época lo tenía todo para consolidar la idea de nación y en particular, del papel de Cartagena para consolidarla. “Uno de los primeros pasos era la conmemoración de los sublevados”, subraya Julio.

Así, tan temprano como en 1821, Francisco de Paula Santander firmó un decreto para honrar la memoria de los mártires de la nueva nación y en 1855 el Concejo Municipal de Cartagena decretó el nombre de los nueve mártires cartageneros fusilados por Pablo Morillo. En ese mismo decreto se le cambió el nombre a la Plaza del Matadero por el de Plaza de la Independencia, que juntaba los actuales espacios del camellón y del parque. También se ordenaba construir una “columna ática” en esa plaza.

Hacia 1874 las fiestas cívicas en memoria del 11 de Noviembre ya estaban establecidas, pero para ese año Eugenio Baena, presidente del Estado de Bolívar (era la época de los Estados Unidos de Colombia), quiso que fueran “lo más suntuosa posible”. Entre los varios actos que se organizaron estuvo “la exposición en uno de los extremos del Paseo Público de un gran cuadro al temple, que representaba a los mártires del 24 de febrero en 1816 en el momento de marchar al cadalso”.

Cuatro años después, en 1878, el 11 de Noviembre “amanecen en la Plaza de la Independencia nueve columnas pintadas de blanco, que parecía mármol, equidistantes y con los nombres de los nueve mártires escritos en letras de color oro, dentro de una corona de laurel. Mientras tanto, las damitas, unas señoritas entre doce a catorce años, junto con un grupo de señoras, a eso de las cinco de la tarde salieron de una casa de la Plaza de la Catedral (hoy Plaza de Bolívar) hacia la Plaza de la Independencia, (hoy Paseo de los Mártires y Parque de Centenario) y comenzaron a desfilar con unas coronas de flores en sus manos y se fueron colocando una a cada lado de las columnas”, relata un estudio de María Victoria García Azuero, que acude a fuente especializadas.

Luego vinieron los “hermosos discursos” de Rafael Nuñez, presidente del Estado y del doctor Antonio del Real, seguidos de un acto para coronar cada una de las nueve columnas, que incluía versos declamados por cada una de las señoritas. Por ejemplo: “¡Granados! Tú compraste con tu vida la libertad del pueblo y la victoria”, que declamó la señorita Matilde Tono Maciá.

“Inmediatamente después, nueve niñas de cinco a nueve años de edad, vestidas como ángeles, que llevaban canastillos de plata rellenos de flores, regaron éstas al pie de las columnas, y en seguida las señoras arrojaron en el mismo sitio sus ramilletes y las flores con que iban adornadas; todo en señal de gratitud á los que con su sangre redimiéronnos de la opresión.

Jamás habíamos presenciado un espectáculo más bello ni más conmovedor y si de nosotros dependiera, lo haríamos repetir anualmente, al conmemorar el aniversario del 11 de Noviembre de 1811”, describiría pocos días después el diario *El Porvenir de Cartagena*.

El germen del Camellón de los Mártires ya estaba sembrado, pero harían falta un cubano ilustre, la Generación Centenarista y los aportes cívicos para darle forma a ese espacio urbano que hoy hace parte tan vital del tejido urbano del Centro Histórico y de la conexión de Getsemaní. Esa historia se contará en la próxima edición. 🌿



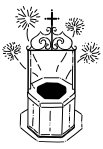
Ing Militar Manuel de Anguiano. Fecha: circa 1804

Archivo: Servicio Histórico Militar/Servicio Geográfico del Ejército. Edita: Ídem S.H.Militar 7Plano 107. Título: “Plaza y Arrabal de Cartagena de indias en que se presentan los barrios...”

LOS MÁRTIRES

El 24 de febrero de 1816 fueron fusilados en la Plaza del Matadero ocho líderes criollos y un inglés que representaban a aquellos que declararon la Independencia y que resistieron la reconquista liderada por el español Pablo Morillo. No fueron los únicos -pues otros serían apresados, fusilados o desterrados- pero el acto público en que fueron ejecutados produjo una conmoción en la ciudad que recién había pasado un feroz asedio en el que murió la tercera parte de la población y que veían que su sueño de libertad estaba siendo aniquilado.

Manuel del Castillo
Martín Amador
Pantaleón Germán Ribón
José María Portocarrero
Antonio José de Ayo
José María García de Toledo
Miguel Díaz Granados
Manuel Anguiano
Santiago Stuart





LA PACA SIN NOMBRE

“Esto aquí es el desvare o el saca de apuro” dice **Manuel Támara**, getsemanicense y propietario del local de ropa de segunda mano en la calle de Guerrero. Él recibe a sus clientes en bermuda, camiseta y chancletas en el pretil de su local. Con un tono de voz grueso le da la bienvenida a quienes llegan. Él les muestra las prendas a los clientes aunque advierte que “a los extranjeros no les gusta que se les acose cuando están mirando”. Siendo una persona mayor aprendió a vender sus prendas a los más jóvenes. Es alto, sonriente y de cabello gris.

“Comencé este negocio en 2017 inspirado por mi madre, Ana del Castillo de Támara. Ella era una mujer muy conocida en el barrio, porque fue directora del antiguo colegio Mayra Sánchez, del barrio la Candelaria, y profesora del colegio La Trinidad. Además, le encantaba ayudar al prójimo porque era una mujer que estaba en los caminos de Dios. Ella tenía mucha ropa acumulada que compraba en sus viajes a Estados Unidos. Tenía un closet gigante y varios pequeños”, dice Manuel.

“Cuando ella murió, mis hermanos y yo nos preguntamos -¿Qué vamos hacer con toda esa ropa?- y ellos me dijeron -Ponla ahí en la calle y haz un remate con precios bajos y lo que puedas regalar, regálalo-. Comencé a hacer eso y me di cuenta que no solo los vecinos venían a comprar, sino también los turistas y mochileros”, cuenta Támara.

“Este tipo de venta nunca se había visto en el barrio y me agrada que la gente por la calle me reconozca y me diga: -¿Tú eres el de la ropa de paca? Eso me satisface porque cada vez que me dicen eso me acuerdo de mi madre y que estoy haciendo una buena obra”.

“En ocasiones entran los turistas a mirar la ropa y no se dan cuenta que el local está al aire libre. Cuando empieza a serenar y sienten las gotas de agua se sorprenden. Por otro lado, la ropa que vendo acá es para que la persona la use de la casa a la tienda o hacer cualquier vuelta donde va a recibir mucho sol. Sin embargo, hay prendas de mejor calidad que sirven para salir o para ir a trabajar”, dice Manuel.

“Yo vendo ropa de hombre y de mujer, pero la de mujeres se vende más, especialmente las que son fluorescentes o de frutas. Todo lo que llame la atención no solamente del turista sino también de la gente local o del

vecino, porque ya han entrado a esa moda de las prendas coloridas ó carnavalesas”, explica.

“Sin embargo, los turistas cuando van a comprar no tienen en cuenta si es de hombre o mujer; usan la ropa independientemente del género. Ya no hay distinción ni diferencia en la ropa de hombre o mujer. Vendo camisas de hombre, suéter, camisetas, etc.”, cuenta Támara.

“Aquí se consigue ropa de hombre de todas las edades, tanto para jóvenes como de la tercera edad; igual para las mujeres: vestidos ligeros, blusas, camisas y camisetas para hombres, los pantalones para caballeros son más costosos, por eso no vendo muchos acá. Aunque un detalle que me llama mucho la atención es que a las extranjeras le gustan vestidos de las señoras mayores. Las he visto mucho midiéndose un vestido de esos, mirándose en el espejo y luego lo compran”, dice Támara.

“La ropa la compro en Bazurto en las pacas de allá. Yo selecciono las prendas dependiendo de los precios porque para mí es muy importante vender a bajo costo. En mi selección también influye el estilo de lo que más vendo en el local”, dice Manuel.

“Yo siempre estoy contento con las personas que me visitan y ellas también se van contentas por el precio, pero más que todo por el trato que les doy. Me gustaría que esta tradición siguiera y mis hijos y nietos continuaran en esto, para ayudar a quienes vienen a conocer Cartagena o Colombia. Quiero que se vayan satisfechos y que sigan así su recorrido por el país”, dice.

“Como colombiano me siento orgulloso ayudando tanto a los turistas como a los locales. Recuerdo que un día llegó una pareja de señores con una joven que era malabarista. Me dijeron que querían un buen precio porque esa muchachita, que era su hija, estaba recorriendo el mundo. Ella los había llamado y les dijo que estaba en Cartagena y ellos vinieron porque también querían conocer la ciudad”, recuerda Manuel.

“Yo atiendo todos los días de 9:00 a.m. hasta medianoche. Por el hecho de vivir acá siempre estoy aquí y prefiero mantener mi negocio abierto: así me distraigo y converso con las personas que llegan, que además siempre tienen muchas anécdotas”, agrega Manuel.

“Este sitio es conocido como “La ropa de paca”, ya que es el único que hay en Getsemaní. La gente lo referencia así: “Ahí donde venden la ropa de paca al lado de la Escuela Taller o al lado del restaurante *Vacamoo* ó la calle que te tira derecho a la iglesia de la Trinidad o la calle donde está la *Havana*”, puntualiza Manuel. ➤

SIRIO~ LIBANESES EN GETSEMANÍ

(segunda parte)

En la edición previa comenzamos esta historia de una comunidad de migrantes que le aportó y recibió de Getsemaní y a la vuelta de un par de generaciones ya iba de salida, consolidada como una grupo de influencia en toda la ciudad. Una de las varias capas de migrantes que ha hecho de Getsemaní lo que es hoy, llegando a los cinco siglos de existencia. Cerramos este relato con el proceso de su salida.

GETSEMANÍ EN LA MEMORIA

“Recuerdo mucho cuando los señores de la comunidad árabe iban al parque Centenario. Lo caminaban, le daban la vuelta y se sentaban hablar. A diferencia de otras personas ellos no jugaban, era solo la tertulia. Los espacios de reunión eran sus propias casas. Los mayores se reunían a tomar café, a comer cualquier picada y finalmente a jugar taulet, su juego tradicional de dados y una tabla”, cuenta **William Nassar** rememorando su infancia en la calle de la Magdalena.

“Mi madre siempre me refería la historia de un reinado que se celebraba en Getsemaní y en el Centro con participantes árabes. Era un evento importante para la comunidad. Lo patrocinaban los grandes comerciantes y las familias más adineradas de esa descendencia. Uno de los desfiles era desde Getsemaní hasta el Centro”, recuerda Jesús Puello Chamié.

La comunidad árabe también le regaló dos elaboradas fuentes metálicas ornamentales de agua a la ciudad. Una de ellas la dispuso en el Parque Centenario y otra en el Camellón de los Mártires. Sin embargo, tiempo después fueron retiradas y no volvieron a aparecer en los registros de mobiliario urbano de la ciudad.

UNA DIÁSPORA AL REVÉS

Así como en un momento hubo un sentimiento de comunidad, hubo otro, un par de generaciones adelante, en los que los que habían sido exitosos ya no solo en el comercio sino en las profesiones liberales empezaron a anudar lazos con la clase alta cartagenera y a integrarse a ella.

“En la medida en que crecieron económicamente fueron saliendo del Mercado Público, en la calle Larga y a desplazarse a los centros de comercio del Centro y San Diego, donde montaron sus almacenes de tela que importaban de Inglaterra o China y que compraban a las nacientes fábricas de Medellín, por poner un ejemplo de negocio”, explica Saer.

“Más o menos desde la década de los 50 los árabes empiezan a salir de Getsemaní. Pero para buscar residencia, porque los negocios seguían allí. La capacidad económica, la unión social entre las familias cartageneras y árabes se formaron poco a poco, y el prestigio que muchos árabes queríamos tener hacía que nos mudáramos del barrio. Lo que se conformaba, en mi concepto, era un salto social de la comunidad en la medida que

iba enriqueciéndose y siendo aceptada por la elite cartagenera. También ocurría que los hijos de los árabes se graduaron de la Universidad de Cartagena. Ellos comenzaban a ejercer y eso implicaba un prestigio para los padres porque decían: -Vea, mi hijo se graduó y es un profesional respetable. Eso hacía que buscaran mejores sitios donde poder vivir”, dice Saer.

El empuje final a esa salida del barrio fueron la explosión en el Mercado Público (1965) y el traslado de este núcleo comercial a Bazurto (1978). La diáspora que una vez llegó a emprender negocios se trasladaba ahora a unos sectores considerados más residenciales. Y el barrio seguía cambiando y mutando, como ha sido su historia desde que nació hace casi cinco siglos, en los que ha acogido a los que han querido permanecer y dejado una semilla dispersa por la ciudad que han llevado quienes se han ido, por distintas razones, a otros sectores de la ciudad.

HUELLAS ARQUITECTÓNICAS

“La mayoría de los primeros inmigrantes árabes se ubicaron en Getsemaní. El estado deplorable de casas fue aprovechado por algunos sirios libaneses, quienes para establecerse y desarrollar sus negocios, se interesaron en obtener sus bienes raíces, particularmente en Getsemaní. Sin embargo también obtuvieron bienes en los barrios Torices, El Espinal, Canapote, Manga, Alcibia, Lo Amador y Pie de la Popa”, dice una fuente escrita.

Sobre esto hay que hacer una anotación: a mediados del siglo XIX una epidemia de cólera -la misma que inspiró a Gabriel García Márquez- mató casi a un tercio de toda la población de la ciudad, que tenía unos doce mil habitantes. Eso, entre muchos efectos, produjo la desocupación de amplios sectores de la ciudad, en especial Getsemaní. Cuando llegaron los pioneros árabes, pocas décadas después, se encontraron con ese terreno fértil para comprar.

“A las familias árabes les gustaban las casas grandes. En ese entonces las casas eran de 250 ó 300 metros construidas al estilo español. El primer piso siempre era un patio con matas que crecían, luego había una escalera para subir al segundo y tercer piso. También, en forma de L estaban las habitaciones con sala al frente, atrás el comedor y la cocina”, recuerda Saer.

“Getsemaní se convirtió en un barrio árabe. La cercanía al Mercado Público ubicado en el muelle era gran ventaja para los comerciantes. Y es algo que podemos notar al mirar la arquitectura de unas casas con remodelaciones características de esta cultura, como el arco de herradura y doble columna es de la arquitectura árabe, además de la ova del guarda porto, o transformaciones de fachadas para local comercial”, explica una fuente bibliográfica.

Hay conocedores que opinan lo contrario: que los árabes que llegaron venían muy occidentalizados, incluso en sus gustos arquitectónicos. Por el contrario, que había una capa culta de la sociedad local que se inspiraba en el orientalismo que estuvo en boga hace más de un siglo, impulsado desde las artes. Lo oriental era algo exótico y al mismo tiempo sofisticado.

Con la migración árabe también se fortaleció la presencia de los calados para separar, o generar mayor privacidad, pero al mismo tiempo para ventilar. No era solo una elección de estilo sino también había una razón económica porque los calados se producen en serie, nos explicó un conocedor de este tipo de arquitectura.

Con la salida de Getsemaní y San Diego, otros barrios como Manga o Bocagrande fueron principalmente sus nuevos destinos. En Manga hay todavía grandes casonas de estilo árabe. En Bocagrande ocuparon las modernas casonas y lotes que iba dejando la petrolera que en su momento trazó y parceló ese barrio. ➤

Getsemaní se convirtió en un barrio árabe. La cercanía al Mercado Público ubicado en el muelle era gran ventaja para los comerciantes.



UNA ESCULTURA CON MUCHO SIGNIFICADO

Imagen: Proyecto San Francisco

Suele pasar que los forjadores de una identidad nacional o regional se queden en nombres y placas que adornan calles, plazas y rincones. Que se recuerde cada vez menos por qué su memoria merece un sitio y una dignidad.

También ocurre -con más frecuencia- que va quedando el apellido, acaso el nombre en un barrio, una calle o en una placa, pero no lo que significó su aporte o su sacrificio. A la distancia de los siglos simplificamos bastante las circunstancias en que a ellos les correspondió actuar, olvidamos los procesos sociales y políticos que inspiraron y que los inspiraron. Y las lecciones que pudimos aprender las dejamos como escasas líneas en textos académicos.

Así puede estar ocurriendo con los mártires del camellón. ¿Quién o cuántos cartageneros podrían contar por qué fueron tan importantes, las circunstancias en que fueron sacrificados y las lecciones que nos dejan aquellos hechos? Menos, por supuesto, citar sus nombres o recordar que no fueron sólo nueve los mártires, sino que aquellos ejecutados públicamente por las tropas españolas representan a muchos otros que fueron presos, ejecutados o desterrados por su apoyo a la causa independentista.

Recordemos de manera sucinta los hechos: el 14 de junio de 1810 el Cabildo de Cartagena, constituido popularmente, decidió destituir y expatriar al capitán de navío Francisco Montes. La razón expuesta: Montes les había incumplido los acuerdos de una administración compartida de los asuntos de la ciudad. El Cabildo representaba a los ciudadanos, largamente olvidados en los asuntos de la administración pública. Ese mismo día empezó a redactarse el acta de independencia y la constitución política del futuro Estado de Cartagena de Indias; también el cabildo asumió la administración de la ciudad, en desacato de la autoridad del rey.

Un año más tarde, el 11 de noviembre de 1811, la ciudad declaró ante el mundo su decisión. La reconquista española ordenada por el rey Fernando VII comenzó en 1815, en cabeza de Pablo Morillo, quien empezó por Venezuela y desde el 22 de agosto y hasta el 5 de diciembre sitió a Cartagena por 106 días. Más de seis mil personas murieron de física hambre. Una

ciudadanía debilitada y todavía en conmoción vio el 24 de febrero cómo las fuerzas españolas ejecutaban a nueve de sus miembros más visibles como cabezas tanto de la Independencia como de la resistencia a las tropas españolas.

Las lecciones y aprendizajes de aquel proceso independentista y de aquellos años de lucha son muchos. No es este el espacio para dictaminarlos, pero sí para proponer retomarlos y recordar cómo aquellos ciudadanos, en sus propias circunstancias, decidieron cambiar el rumbo de la ciudad, tomarlo en sus propias manos y emprender un camino por los intereses de todos, con un propósito colectivo.

Como un pequeño aporte para revitalizar esa memoria comenzamos en este número a contarle a nuestros lectores, principalmente los vecinos del barrio, todo el proceso espacial, social e histórico que llevó a la creación del Camellón de los Mártires.

Pero, más importante aún, **desde el Proyecto San Francisco se impulsará un concurso para seleccionar y erigir una estatua en el espacio de la plazoleta de San Francisco**, un espacio con un alto simbolismo: para comenzar, allí, el 11 de noviembre de 1811, se reunieron los lanceros bajo el mando de Pedro Romero, en un movimiento que resultó decisivo para la declaración de Independencia de Cartagena. Y más allá, hace parte del marco del camellón de los Mártires, que debe recordarnos siempre una lucha heroica que forjó parte del carácter de la ciudad.

Será un gran reto para los artistas encontrar las formas, colores y materiales que estén llenos de significado, que recuerden la tradición del lugar y su valor para la ciudad. Una escultura que dialogue desde el siglo XXI con aquel espacio y aquellas estatuas erigidas en el siglo XIX bajo un fervor ciudadano y la intención de lanzar a Cartagena por unos rumbos de modernidad que luego se concretaron y cambiaron la fisonomía, la economía y la vida social de nuestra ciudad. Getsemaní ha sido parte de esa historia, y lo seguirá siendo. Recuperar ese espacio que fue la plazoleta de San Francisco y dotarlo de un símbolo escultórico que conecte pasado, presente y futuro nos parece un buen aporte en esa dirección. ▀

Una iniciativa de **PROYECTO SAN FRANCISCO** con la realización del equipo de **GUIDOULLOA**

DIRECTOR: José Luis Novoa S.
DISEÑO: Angélica Neira Hazime
REDACCIÓN: Samuel López López
COORDINACIÓN: Estefany Gómez Solórzano
CALLE A CALLE: Sandra López Castillo
FOTOGRAFÍA: Jaime Espinosa Monroy
DISTRIBUCIÓN: Alejandra Carrasquilla y equipo

Visítanos en: www.elgetsemanicense.com
Escribannos a: elgetsemanicense@gmail.com

Edición 11. Agosto de 2019
Impreso en Comunican S.A., Bogotá.
ISSN: 2665-2919



@sanfranciscogetsemani



San Francisco Getsemaní



EDITORIAL